

EL TEATRO

DIRECTOR
José del Perojo

ADMINISTRACION
57. SANTA ENGRACIA. 57



SRTA. AVELINA CARRERA EN LA ÓPERA «SIGFREDO»

FOTOGRAFIA CALVET

EL TEATRO



Núm. 12

OCTUBRE 1901



SRTA. AVELINA CARRERA EN LA ÓPERA «SIGFREDO»

FOTOGRAFIA CALVET



CRÓNICA GENERAL

SERÁ cierto, como aseguran los pesimistas, que aquí todo va de mal en peor, que los cambios suben, que la estrechez de las familias es grande, que estamos, en fin, casi todos los españoles con el agua al cuello; mas aunque todo ello sea verdad, no lo es menos que la gente, sin duda para olvidar sus penas, apenas piensa en otra cosa que en divertirse y poner al mal tiempo buena cara. He leído recientemente que hay personas que en los momentos más trágicos de su existencia siéntense acometidas de una pasión de risa imposible de contener. Cuéntase que Ana Bolena, al poner la cabeza en el tajo, prorrumpió en un acceso de risa á la que puso término el hacha del verdugo. ¿Será también el afán que de divertirse tiene el público de Madrid, algo así como esa risa lúgubre que el lenguaje vulgar llamó «la risa del conejo?»

Dejando á un lado averiguaciones que no son del caso, es lo cierto que Madrid tendrá muy pronto abiertos más teatros que ninguna otra capital de España. Claro es que muchos de ellos no llegarán en funciones á la angustiosa cuesta de Enero; mas por de pronto el que quiere divertirse no tiene más obstáculo que *l'embarras de choix*.

En la Comedia no sólo ha empezado la temporada, han comenzado también los estrenos. Benavente, que es uno de los autores, «predilectos de la casa» como lo es del público madrileño, ha estrenado en el elegante teatro de la calle del Príncipe una obra en tres actos titulada *La Gobernadora*. En ella ha tomado parte la compañía toda de la Comedia: Rosario Pino, entre cuyas cualidades artísticas sobresale lo que Tirso de Molina llamaba «ciencia de ojos»; Matilde Rodríguez, sin disputa una de nuestras mejores actrices; la señorita Bremón, intérprete afortunada de los papeles de ingénuas; la señorita Catalá tan bella como siempre; la señora García, nueva no sólo en aquel teatro, sino en el género grande, y la señorita San Pedro ya ventajosamente conocida del público madrileño.

El sexo fuerte está representado este año por los señores Rubio, Vallés, Mendiguchía, Morano y otros apreciables actores. Morano, que ha sustituido á Ortega, es actor de talento, estudioso, y procura con esmero buscar más la naturalidad que el efectismo. Es de suponer que este jóven actor consolide el buen nombre que adquirió años atrás en Lara y la Princesa.

En su última obra, Benavente ha pretendido trazar una sátira de la vida provinciana. No hay que decir, tratándose de una comedia de Benavente, si habrá en ella fina observación, tipos bien estudiados y rasgos epigramáticos de primer orden, derrochados con verdadera prodigalidad en el amenísimo diálogo de *La Gobernadora*. En estas cualidades nadie aventaja hoy al autor de *Lo cursi*.

No puede decirse lo mismo de la contextura de la comedia. Benavente, esta vez ha atendido más á la pintura caricaturesca de tipos que á la creación de verdaderos caracteres. Los dos personajes principales, la gobernadora y el secretario, son tan borrosos que el espectador no sabe á qué atenerse respecto de ellos: él, nos parece unas

veces un cumplidísimo caballero, otras un cínico pillete, y ella, que según sus propias palabras ha sido una buena esposa, dominante, sí, pero honrada, y que además ha sabido luchar valerosamente al lado de su marido en tiempos de crueles cesantías, otorga de repente sus favores, sin lucha, ni pasión y sin ocasión siquiera, al bribonzuelo del secretario.

Estos amores, ó lo que sean, de la mujer del gobernador con el secretario de su marido, nacidos, aquellos, de la complicidad en menudos trampantojos, constituyen la escasa acción de la comedia, diluida en tres actos de grandes dimensiones que solamente se soportan sin fatiga, gracias á la sal á veces un poco gorda del diálogo.

Y, sin embargo, hay en *La Gobernadora* algo que revela el penetrante talento de Benavente para descubrir las verdaderas úlceras de la presente sociedad. Me refiero á las palabras que pone el autor en boca del secretario y que revelan, en mi concepto, toda una tendencia de la moderna burguesía.

«Soy—dice sobre poco menos aquel personaje—de los que no ajustan su conciencia á su bolsillo». En efecto, este es uno de los caracteres más marcados de las clases inteligentes. Hay un desequilibrio grande entre lo que el hombre de inteligencia puede ganar legítimamente y lo que le exige y brinda el mundo que le rodea. Algunos, muy pocos, resisten la tentación y ajustan su vida á sus recursos: los demás, considerándose oprimidos é injustamente explotados, sobreponen las exigencias del bolsillo á los fueros de la conciencia y consideran buenos todos los medios para prosperar y subir, poniéndose al cabo entre los explotadores.

Esta observación verdadera y justa, que convenientemente desarrollada podría servir de pensamiento capital de una comedia, se disuelve bien pronto entre los episodios un tanto sainetescos del último acto de *La Gobernadora*.

Días antes de la apertura de la Comedia, se verificó la de Lara, teatro siempre favorecido del público.

En la excelente compañía que actuó allí el año pasado, ha habido una modificación importante: la sustitución de los notabilísimos actores Balaguer y Larra por Romea y Rodríguez. Romea, que durante algún tiempo ha permanecido como desterrado en la Zarzuela, «la vuelta á su propio centro.» La declamación de Romea, sus modales, su educación artística encajan mucho mejor en el marco de un cuadro de compañía como el de Lara ó el de la Comedia que en el género algo burdo del sainete.

Manuel Rodríguez, otra de las adquisiciones de Lara, es un actor cómico de verdadera gracia y de mucho ingenio para lo caricaturesco. Dado su conocimiento de la escena y del público, seguro es que sabrá atenuar algunas de sus exageraciones, que si eran muy bien recibidas en el teatro de Apolo, quizá parecerán excesivas en el teatro de la Corredera.

En el Cómico, Loreto Prado sigue siendo objeto de cariño y del aplauso del público. La obra en que ella inter-

viene, por disparatada que sea, no solo logra salvarse, sino que se sostiene noches y noches en el cartel. Parodiando una frase célebre, puede decir sin jactancia: «El Teatro Cómico soy yo».

Días pasados se estrenó allí una zarzuela en un acto con tonos melodramáticos, titulada *El jilguero chico*. No hay que decir que Loreto hizo admirablemente el papel de *jilguero*, un torero muy bravo y muy simpático que á fuerza de valor y de *arrimarse* á los toros llega á ser un afamado espada y consigue casarse con la mu-

los teatros por horas de golfas románticas, golfos sensibles, porteras trágicas y pinches de matadero caballescicos.

No hace muchas noches se estrenó en uno de los teatros de esta corte, en que más han campado la flamenquería y lo grotesco, un drama baturro, con su desafío, sus versos floridos y su muerte correspondiente. El público se llamó á engaño.

Buscaba un sainete y se encontró con una especie de tragedia...



RICARDO WAGNER (ÚLTIMO RETRATO)

FOT. HANS BRAUD-BAYREUTH

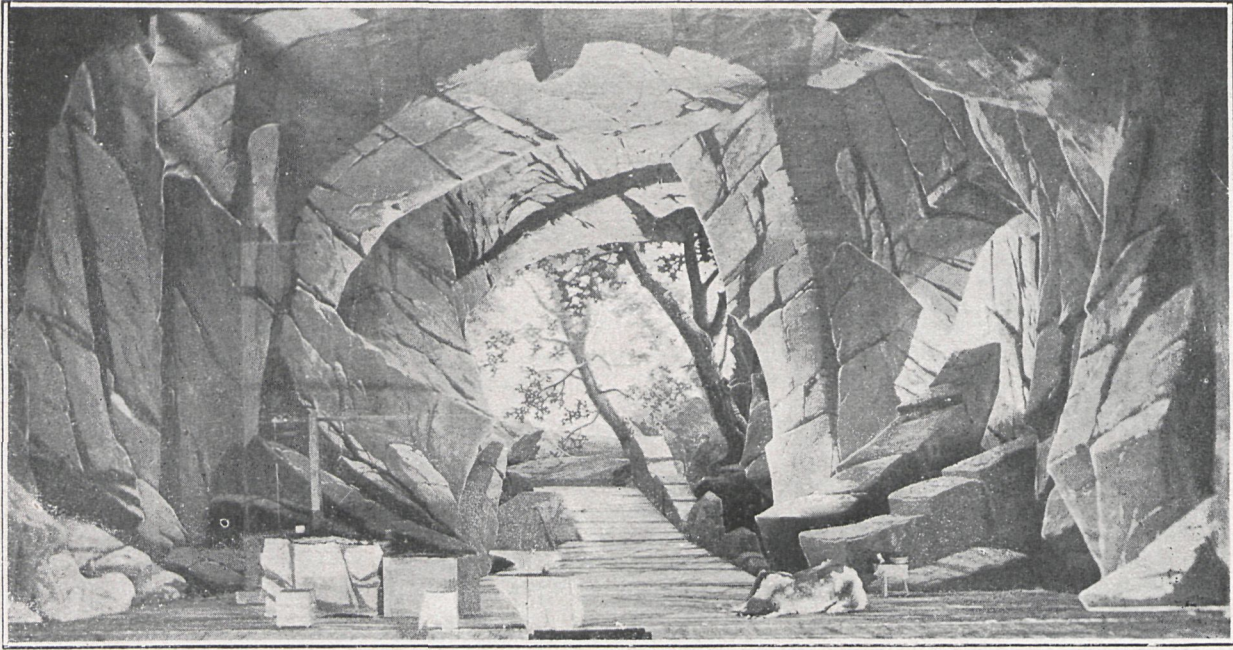
jer de sus amores, hija de un rico ganadero. La obra, que es muy pintoresca y animada, gustó mucho, y no contribuyó poco á ello la gracia inimitable de Loreto, lo vistoso de sus trajes y el desparpajo con que se movía y accionaba igual que un torerito (ahora todos los toreros son toreritos) de veras...

Cosa digna de llamar la atención es el carácter melodramático que va tomando el sainete. Desde que Ricardo de la Vega apuntó con discreción y tino la *nota* sensible, hánse descolgado en el género chico una porción de autores de *melodramas comprimidos*, que tienen llenos

De estas sorpresas llevamos casi tantas como estrenos.

No es justo ni artístico desvirtuar los géneros teatrales. El sainete ha sido, es y será la representación de una acción regocijada en que el autor presenta tipos cómicos y costumbres populares. Falsificar éstas y atribuir á aquéllas cualidades propias de los héroes del drama romántico, es hacer en serio lo que D. Ramón de la Cruz hizo, en son de burlas, en sus célebres «tragedias para reir».

ZEDA



BOCETO DE LA DECORACIÓN DEL ACTO PRIMERO

SIGFREDO

ÓPERA EN TRES ACTOS DEL MAESTRO R. WAGNER

NADA tan difícil como reducir á los agobiadores límites de un artículo de periódico el pensamiento, la idea generadora y los acontecimientos dramáticos de una obra wagneriana. Es el de aquel maestro arte de evolución, arte complejo, fundamento de una estética racional sancionada ya por todos los músicos, y como tal, poco susceptible de alcanzar una justa comprensión si se expone en estado incompleto.

La trilogía de *Los Nibelungos*, sobre todo, que resume los orígenes poéticos y mitológicos de una raza tan diversa de la nuestra, y con singularidades de acción tan exótica á todas las restantes literaturas, pide una explicación diáfana, precisa é insistente. Divagaciones en media docena de cuartillas, y al correr de la pluma—como las presentes—producen casi siempre más daño que beneficio en el lector ajeno á estas materias porque le inducen necesariamente al error y á la confusión; sorteando estos peligros, me concretaré al papel de simple narrador, refiriendo al bondadoso lector de EL TEATRO algo de lo principal que se vé y se oye en una representación del *Siegfried*.

Desde el final de la par-

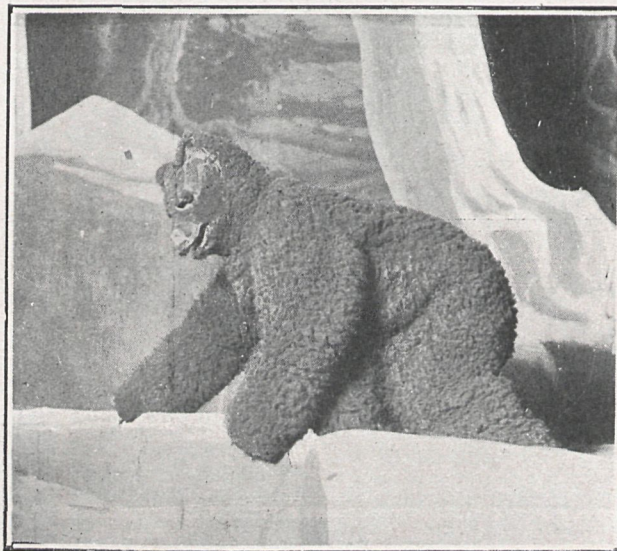
te anterior, *La Walkyria*, han transcurrido veinte años.

Obediente Sieglinda al consejo de Brunilda, se refugia en las espesuras de un bosque, y allí, bajo el techo de la cueva de Mime, dá á luz y muere. El nibelungo recoge al recién nacido y con él los fragmentos de la espada de Siegmund, prometiéndose utilizar la vida del primero y el poder maravilloso de los segundos.

Comienza el drama en esa misma guarida de Mime, una especie de cueva abierta en la roca viva, con dos entradas ó aberturas naturales que ponen en comunicación inmediata el interior con el campo. Un gran hogar de fragua, labrado en la misma piedra, á su lado un tosco y macizo yunque, y, diseminados por el antro, útiles y herramientas rudimentarias de herrero, constituyen, con un par de asientos primitivos, todo el ajuar de la vivienda.

Al pié del hogar y armado de un enorme martillo de fragua, aparece el gnomo trabajando una hoja de acero. No consigue templarla á su gusto, porque para la férrea pujanza de Siegfried no hay temple conocido. Las espadas más resistentes se quiebran entre sus manos como cañas.

Entra el héroe en escena conduciendo un oso que ha capturado en el monte, y á quien con maliciosa



ACTO I.—EL OSO

